



HAL
open science

La integración de los latinos en Estados Unidos: identidades colectivas y actitudes políticas desde los años ochenta

Carlos Fuertes Muñoz

► To cite this version:

Carlos Fuertes Muñoz. La integración de los latinos en Estados Unidos: identidades colectivas y actitudes políticas desde los años ochenta. XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Nov 2012, Madrid, España. pp.22-29. <halshs-00872128>

HAL Id: halshs-00872128

<https://shs.hal.science/halshs-00872128v1>

Submitted on 11 Oct 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization



Actas
Congreso
Internacional
América
Latina:
La autonomía
de una región

XV Encuentro de
Latinoamericanistas
Españoles

Actas del Congreso Internacional “América Latina: La autonomía de una región”, organizado por el Consejo Español de Estudios Iberoamericanos (CEEIB) y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), celebrado en Madrid el 29 y 30 de noviembre de 2012.

Editores:

Heriberto Cairo Carou, Almudena Cabezas González, Tomás Mallo Gutiérrez, Esther del Campo García y José Carpio Martín.

© Los autores, 2012

Diseño de portada: tehura@tehura.es
Maquetación: Darío Barboza
Realización editorial: Trama editorial
trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es
ISBN-e: 978-84-92755-88-2

LA INTEGRACIÓN DE LOS LATINOS EN ESTADOS UNIDOS: IDENTIDADES COLECTIVAS Y ACTITUDES POLÍTICAS DESDE LOS AÑOS OCHENTA

Carlos Fuertes Muñoz

Resumen

El objetivo del artículo es realizar una aproximación general y preliminar al proceso de integración política de la población inmigrante de origen latinoamericano en Estados Unidos, desde los años ochenta del siglo XX. Así, a partir de una selección bibliográfica, se repasarán algunas de las principales claves institucionales, culturales y socioeconómicas de dicho fenómeno durante las últimas tres décadas. El trabajo se estructura en tres partes: una primera dedicada al proceso de «latinización demográfica» de Estados Unidos, una segunda centrada en la cuestión de la influencia del voto hispano en los procesos electorales estadounidenses y, por último, una tercera atenta a los procesos de construcción de identidades colectivas de los latinos en Estados Unidos.

Yo decido.

Why Latinos pick the next president

(Time, 22-2-2012)

El presente trabajo tiene por objeto realizar una aproximación general al proceso de integración política de la población inmigrante de origen latinoamericano en Estados Unidos, desde los años ochenta del pasado siglo XX. El interés por este tema surge ante la reciente y creciente atención mediática y académica, desde principios de los 2000, hacia lo que algunos han llamado la “latinización” o “hispanización” de Estados Unidos (Davis, 2000; Huntington, 2004). Así, lejos de hacer una crónica exhaustiva de los diversos acontecimientos producidos hasta la actualidad, nos proponemos trazar algunas de las pautas principales del fenómeno analizado durante las últimas tres décadas. En efecto, entendemos que, sin negar la importancia de diversos cambios y la posibilidad de que las elecciones presidenciales de 2012 alteren algunas de las conclusiones planteadas en el texto, esta problemática ha venido presentando una serie de rasgos relativamente estables que pueden justificar –o excusar– la tendencia a realizar ciertas generalizaciones, así como a no tratar algunas de las referencias bibliográficas más recientes.

De acuerdo con estas premisas y objetivos de trabajo se ha procedido a una revisión de fuentes bibliográficas que nos permitirán aproximarnos, siquiera de modo preliminar, al debate académico respecto a las consecuencias políticas de la creciente presencia hispana en Estados Unidos. El trabajo se presentará estructurado en tres partes diferenciadas. En la primera parte, se describirá y tratará de contextualizar el llamado proceso de “latinización demográfica” de Estados Unidos, iniciado en los años ochenta. En la segunda parte, se planteará la cuestión de la *influencia del voto hispano* en Estados Unidos. En la tercera parte, en fin, se atenderá a la cuestión de la *politicización de la etnicidad*, o lo que es lo mismo, la relación existente entre la construcción de la identidad latina/hispana y la movilización política de los latinos estadounidenses.

Latinización demográfica

El enorme incremento de la presencia de personas de origen latinoamericano en Estados Unidos está en la base de la reivindicación de que los latinos son un electorado de peso cuyas exigencias deben satisfacerse. Este aumento ha hecho, en opinión de muchos analistas, que los hispanos pasen de ser una población concentrada regionalmente pero relativamente aislada a ser una minoría nacional (De la Garza, 2005: 1). Un investigador español se refería en el año 2000 a la “emergencia de una nueva minoría política” (Plaza, 2000: 21). Si en 1970 vivían en Estados Unidos 9’6 millones de latinos –cerca de un 5 % de la población total–, en 2002 ya lo hacían 38’8 millones, superando a los negros como minoría de mayor tamaño del país, con el 13% de la población total (Kaufmann, 2004: 177). Este crecimiento está relacionado con una inmigración que llega a Estados Unidos escapando de la miseria y con el objetivo de mejorar su nivel de vida. Desde principios de los años ochenta se ha producido un importante aumento de la inmigración centroamericana –empujada por los efectos de las guerras civiles de El Salvador y Guatemala– y sobre todo mexicana –como resultado, inicialmente, de la crisis de la deuda–.

Este fenómeno ha de ser entendido en un contexto demográfico y étnico, el del Estados Unidos de las últimas cuatro décadas, que ha vivido enormes transformaciones. Empezando por la apertura institucional hacia la inmigración a partir de la liberalizadora ley de 1965, que eliminaba la selectiva ley de cuotas de 1924. En relación con esta apertura, la inmigración ha crecido enormemente en las últimas cuatro décadas: si entre 1931 y 1965 entraron legalmente en el país cinco millones de personas, entre 1970 y 2000 se recuperó la tendencia interrumpida en los años veinte, contabilizándose la entrada de 20 millones de legales y de aproximadamente 8 millones de ilegales (Patterson, 2006: 395-426). Una numerosa inmigración, y ésta sí es una novedad en la historia de Estados Unidos, con un origen mayoritariamente no europeo: América Latina –especialmente México- y el Oriente asiático son los principales lugares de procedencia. Si el Censo de 1970 presentaba cerca de un 83% de blancos, 11% de negros, 5% de hispanos y 1% de asiáticos, el del año 2000 nos mostraba con claridad los cambios acontecidos: mientras que los blancos habían ido perdiendo peso progresivamente y no llegaban al 70%, los negros habían crecido moderadamente situándose cerca del 13% y los hispanos –13%- y asiáticos –4%- habían aumentado su presencia significativamente (Kaufmann, 2004).¹ Como afirma el historiador James T. Patterson (2006), en Estados Unidos se ha producido una “revolución en el color de piel”: la visión en blanco y negro se ha matizado considerablemente con la masiva llegada de latinos y asiáticos.

Nos hemos referido a la inmigración, pero junto a ésta, hay un segundo factor que explica, en igual medida, el importante crecimiento demográfico de los latinos estadounidenses en los últimos treinta años: una fecundidad comparativamente mucho más alta a la media nacional –y a la de los asiáticos-, especialmente entre los mexicanos, colectivo que representa aproximadamente dos tercios del total de la población hispana de Estados Unidos. Una fecundidad más elevada que se ha de entender en el contexto de familias más amplias, que cuentan con ambos progenitores y que se mantienen con mayor éxito. Mike Davis, quién ha bautizado el fenómeno como “latinización demográfica”, sostiene apoyándose en estudios de la Oficina del Censo, que, “aunque toda la inmigración se viera interrumpida mañana mismo, la población latina, espectacularmente joven (con una media de edad de 26 años) continuaría creciendo rápidamente a expensas, en términos estadísticos, de la población blanca no hispana, en proceso de envejecimiento (con una media de edad de 37 años)” (Davis, 2000).² De hecho, las previsiones apuntan a que en 2025 los latinos representarán el 17’6% de la población y a que en el año 2050 los blancos no hispanos se convertirán ya en grupo minoritario.

En grandes ciudades como Los Ángeles, Houston y San Antonio los hispanos ya superan a los blancos no hispanos: son las metrópolis latinas. En efecto, los centros urbanos en los que los latinos están en mayoría o constituyen la minoría más amplia se concentran en Estados sudoccidentales, aunque no podemos olvidar que su presencia se extiende rápidamente a otras zonas del país, siendo, por ejemplo, el segundo grupo étnico-racial de la ciudad de Nueva York. Gracias a la –a juicio de Davis- sorprendente preferencia de los latinos por las grandes ciudades, se está produciendo en Estados Unidos un auténtico renacimiento urbano en un contexto de creciente segregación espacial en el que hispanos y en menor medida asiáticos están compensando con su presencia en los centros urbanos el importante éxodo a la periferia metropolitana de blancos –ya desde los años setenta- y negros –a partir de principios de los noventa-.

La estructura de oportunidades políticas de los latinos como colectivo ha variado positivamente en relación con este aumento demográfico. Un efecto importante del crecimiento continuo de la población latina es el que afecta a la redeterminación del número de escaños correspondiente a cada Estado. La Constitución exige que todos los residentes en Estados Unidos sean contabilizados en el censo, ya sean nativos o nacionalizados, extranjeros residentes legales o inmigrantes sin documentar. En consecuencia, los inmigrantes han influido en la redeterminación del número de escaños correspondiente a cada Estado en beneficio de los hispanos: desde 1980 su presencia ha llevado a aumentos del número de escaños en el Congreso asignados a Arizona, California, Texas, Florida y Nueva Jersey. Además, gracias a la Ley de derecho al Voto (Voting Rights Act, o VRA), muchos de estos nuevos distritos se han diseñado de manera que quede prácticamente asegurado el que en ellos resulten elegidos latinos.

El voto hispano

Los líderes latinos reivindican que el voto hispano es tan amplio que puede llegar a determinar el resultado de cualquier elección nacional. Cada vez que se acercan unas elecciones presidenciales, oímos referencias al voto latino como “voto decisivo”, de modo que podríamos decir que se ha convertido en un tópico del debate político estadounidense. Se habló de ello en 2008, y se está volviendo a hablar en 2012, como muestra el especial del prestigioso seminario *Time* dedicado al tema en febrero de este año, en la que ha sido la primera portada de su historia publicada en español, bajo el título: “Yo decido”, junto a los retratos de veinte ciudadanos latinoamericanos

¹ Entendiendo por “blancos” a toda la población proveniente de Europa. Según un estudio reciente, por primera vez en muchas décadas la inmigración hispana deja de ser la mayoritaria, viéndose rebasada –por poco- por la inmigración asiática, representando la población hispana actualmente un 16 % de la población total de Estados Unidos, frente al 6 % de población asiática (Pew Research, 2012).

² Un dato del *National Center for Health Statistics*, citado por Davis: entre 1989 y 1995 la población de apellido español creció al ritmo de un millón al año, cinco veces más rápido que el conjunto de la población.

(Freedman, 2012; Gutiérrez-Rubí, 2012). Con todo, el significado de “voto decisivo” no está del todo claro puesto que se apoya en dos elementos bastante discutibles. Por un lado, parece que se quiere transmitir la idea de que el voto latino terminará decantando las elecciones hacia un candidato concreto, determinando así su resultado (dándose por hecho que los hispanos van a votar en bloque a un mismo candidato). Por otro lado, y en consecuencia, puede hacer referencia a que los latinos son un grupo que emite su voto de forma instrumental, por lo que en cualquier elección votará por el candidato que afirme estar más comprometido con su grupo, sea del partido que sea e independientemente de los referentes simbólicos e ideológicos a los que se asocie.

El argumento de que el voto latino puede llegar a determinar los resultados electorales nacionales pretende persuadir a los líderes de los partidos de que deben buscar el voto de los hispanos: pretende, en fin, fomentar la movilización política de los latinos. Ahora bien, en ocasiones se tiende a confundir el peso demográfico con el peso político, lo cual hace olvidar diversas variables, como la privación de derechos políticos de al menos un tercio de los latinos (entre ilegales y no nacionalizados) o su alta abstención en relación con la media nacional. Lo cierto es que diversos estudios han indicado que en raras ocasiones el voto latino ha determinado el resultado de las elecciones nacionales, y que además no se prevé que así sea en un futuro próximo.

Louis Desipio ha realizado un detallado análisis de los resultados de las elecciones presidenciales de 1988 a 2000 en el que conceptualiza el papel representado por los latinos en los Estados en que más peso tienen de cuatro maneras, tres de las cuales reflejan resultados reales y una de las cuales indica las condiciones extremas y poco realistas que deberían cumplirse para que el voto hispano realmente hubiese influido en los resultados electorales reales en estados en los que podía haberlo hecho (De Sipio, 2004). El primer tipo son elecciones en las que puede argüirse que el voto hispano ha sido decisivo para el resultado real de las elecciones: esto ocurrió en Arizona en 1996, cuando Bill Clinton consiguió una victoria histórica frente a Bob Dole en este estado, feudo tradicional de los republicanos. El segundo tipo que propone este autor son unas elecciones muy reñidas en las que los latinos pueden afirmar haber contribuido al triunfo, como fue el caso de Florida y Nuevo México en 2000 (y de Florida de nuevo en 2004). Ahora bien, cabría decir que elecciones como éstas son tan reñidas que prácticamente cualquier grupo puede afirmar haber sido el elemento clave en el resultado final. El tercer tipo son elecciones en las que los latinos no influyeron en el resultado real, o en las que el voto hispano no podría reconfigurarse teóricamente de forma alguna para influir en el resultado de las elecciones con los estados específicos analizados. El cuarto tipo son situaciones hipotéticas que nunca serán reales pero que ilustran tipos de condiciones extremas que deberían cumplirse para que el voto latino importase: elecciones en las que no vote ningún latino o elecciones en las que el resultado habría cambiado sólo con que aquellos latinos que apoyaban al candidato vencido hubiesen votado. Los tipos más repetidos son el tercero y el cuarto. Es decir, la supuesta influencia determinante del voto latino, hoy por hoy, queda puesta en entredicho.

24

Sin embargo, es innegable que existen argumentos a favor de una creciente importancia del voto hispano. En opinión de Sergio Plaza, “el voto latino comienza a tener la suficiente fuerza para cerrar mayorías”. Y es que los nueve Estados con mayor población latina otorgan las tres cuartas partes de los 270 votos necesarios para alcanzar la Casa Blanca. Dada su concentración en estados clave, los latinos pueden influir en el resultado de elecciones estatales o presidenciales cuando éstas presenten una elevada competencia, siempre que acudan a las urnas en grandes cantidades para apoyar a un mismo candidato (Plaza, 2000 y 2009). Ahora bien, como nos sugiere el trabajo de Desipio, no existen muchas oportunidades de este tipo y aun cuando se presentan, el número de latinos que acude a votar en raras ocasiones se maximiza, de forma que muy pocas veces representan un papel central en el resultado de las elecciones.

Así, una pregunta fundamental en torno al voto latino sería por qué se sigue manteniendo en niveles significativamente inferiores al de los anglos. Un argumento que suelen dar algunos analistas es el que se apoya en el factor demográfico de la juventud y en el bajo nivel socioeconómico y educativo de la mayoría de los latinos. Un problema que, de seguir la argumentación de Samuel P. Huntington, tendría muy difícil solución (El País, 2004). En efecto, este autor plantea que el fracaso escolar entre los jóvenes latinos, un problema reconocido entre los principales analistas, así como el escaso progreso socioeconómico de los miembros de esta comunidad, están vinculados a razones prácticamente inalterables, es decir, a su “esencia” cultural, especialmente entre los mexicanos. Para este autor, más allá de las políticas educativas y asistenciales, de la estructura de oportunidades económicas, del racismo laboral, los factores que explican este problema son las diferencias culturales esenciales entre hispanos y estadounidenses, que afectan especialmente a las actitudes negativas hacia el trabajo y la enseñanza. Huntington, cree, en efecto, que esta actitud “forma parte de su cultura”, y que la solución pasa por que los hispanos adopten la cultura angloprotestante, especialmente, el individualismo y la ética del trabajo.

Mike Davis aporta una visión más compleja al relacionar la problemática educativa y laboral de los latinos estadounidenses con el contexto de reestructuración económica, rebaja del *New Deal* e interacción con otros grupos poblacionales (Davis, 2000: 54-55). En primer lugar, Davis plantea que aunque la oleada inicial de nuevos inmigrantes latinos de las décadas de 1960 y 1970 pueda haber disfrutado de una prosperidad notable, desde mediados de la de 1980, las oportunidades económicas de los inmigrantes se han visto severamente reducidas, en un contexto de máximo reflujó presupuestario por parte de las altas instancias del gobierno, y en el que la reestructuración económica de ciudades clave como Los Ángeles o Nueva York les ha arrastrado hacia los empleos

peor pagados. Además, este autor añade la variable de la discriminación racial traducida en salario: según un estudio centrado en Nueva York, la discriminación racial explicaba por lo menos un tercio de las diferencias salariales entre los varones latinos y los blancos.

Por otro lado, existen datos preocupantes en Nueva York y Los Ángeles que revelan que muchos empresarios valoran las titulaciones universitarias de forma desigual en función de la etnia del titulado: es decir, entre hispano titulado y blanco no hispano titulado, eligen al segundo. Este hecho, el que los latinos obtengan menores rendimientos de su educación que los blancos no hispanos, nos remite a la problemática educativa. Así, Davis plantea que los bajos salarios de los inmigrantes forman un círculo vicioso con los ínfimos niveles de cualificación y la educación inadecuada. Los adultos lo tienen difícil debido a la larga jornada laboral, las responsabilidades domésticas y la “penuria a escala nacional en lo que se refiere a clases de educación de adultos”. Los jóvenes serían, en opinión de Davis, “víctimas de la masificación y de la falta de personal de los sistemas educativos públicos en descomposición de las grandes ciudades”. Este autor cita una importante investigación sobre las causas del abandono de la escuela por parte de los latinos, basada en entrevistas con setecientos jóvenes de San Antonio que habían dejado los estudios, la cuál señaló como causas: la falta de programas bilingües y de inglés como segunda lengua, la concentración de hispanos en colegios con altos índices de pobreza, la preparación insuficiente de los profesores y las bajas expectativas que existen entre éstos, los administradores y la sociedad en su conjunto con respecto a los estudiantes hispanos.³

Ahora bien, dejando atrás este interesante debate, en su interesante trabajo De la Garza afirma que no se puede valorar la causalidad del voto latino con el mismo patrón utilizado para el voto anglo (De la Garza, 2005: 14). Así, este autor, apoyándose en diversos estudios, sostiene que incluso los latinos que han ascendido económicamente siguen votando menos que los anglo. Además, la influencia de factores tales como la edad y la educación, cuyo impacto en el voto anglo se mantiene en el tiempo, es mucho menos clara en el caso de los hispanos. Por lo tanto, De la Garza plantea que es necesario atender a variables adicionales. En primer lugar, en su opinión es importante el bajo tejido asociativo existente entre los latinos estadounidenses, en comparación con los niveles de asociacionismo existentes entre los anglo. En este sentido, resulta clarificador un trabajo de William A. Díaz que establece una relación entre participación en asociaciones y participación electoral, concluyendo que los puertorriqueños y los mexicanoamericanos que participan en organizaciones votan en una proporción mucho mayor que los que no lo hacen (Díaz, 1996).

Por otro lado, dada la continua llegada de inmigrantes desde principios de los años ochenta, una explicación posible de los escasos índices de voto de este grupo podría ser el continuo aumento del electorado debido a inmigrantes nacionalizados y sus hijos, nacidos ya en Estados Unidos. De 1976 a 2000 el ritmo del aumento en el número de ciudadanos que no votaban superó al del número de votantes. El planteamiento es que la población total de ciudadanos incluye a hispanos nacionalizados que votan en menores proporciones que los nacidos en EE.UU. Se aduce que presentan las características demográficas asociadas a una baja comparecencia en las urnas, residen en barrios que los candidatos tienden a ignorar y en consecuencia tanto ellos como sus hijos no se encuentran bien integrados en la política electoral estadounidense. Los cubanoamericanos son una excepción a esta tendencia: probablemente por sus elevados ingresos, su alto nivel educativo y sus intensas motivaciones ideológicas, la nacionalización parece estimular el voto hasta el punto de que los cubanos nacionalizados han votado en algunos comicios en mayores proporciones que los anglos.

Respecto a las barreras institucionales, parece claro que las prácticas políticas que históricamente han servido para privar a los hispanos del acceso al ruedo político han sido mayoritariamente eliminadas. Además, según diversos estudios, no existen pruebas sistemáticas de que la discriminación pasada o presente haya afectado o esté afectando al número de personas que votan en la actualidad. No obstante, siguen existiendo prácticas institucionales que, si bien no han sido diseñadas para discriminar a los hispanos, reducen de manera desproporcionada el número de votantes latinos que acude a las urnas. En 1989, un activista chicano planteaba en este sentido lo siguiente: “aunque hay cierta incidencia de los factores de clase, edad, educación, el principal obstáculo al derecho al voto sigue siendo una estructura electoral elitista que dificulta institucionalmente el acercamiento a las urnas, de varias maneras” (Moncada y Olivas, 1989: 35). En 2005, De la Garza seguía señalando la ausencia de registros el día de las elecciones, demanda exigida por los principales activistas latinos ya desde los años ochenta, como factor que reduce desproporcionadamente el número de votantes latinos que acude a las urnas con respecto al número de anglos que lo hace. Igualmente, la modificación del proceso de nacionalización, ya sea haciéndolo más complicado o más caro, reduce la velocidad con que los inmigrantes pasan a ser ciudadanos y esto impide que se les conceda el derecho al voto.

Finalmente, De la Garza afirma que existe un obstáculo político fundamental: la poca predisposición de los partidos políticos a invertir en movilizar al votante latino. En este sentido, confirma que se mantiene lo que hace ya muchos años apuntaron Frances Pox Piven y Richard A. Cloward, quienes han analizado históricamente tanto la desmovilización política de las minorías y los pobres como la estructura obstaculizadora del registro para el voto en

³ Cabría valorar también, probablemente, la escasa identificación de los estudiantes hispanos con un discurso educativo que tiende a excluir, ignorar o minusvalorar la presencia de la cultura latinoamericana en Estados Unidos (Corona, 1998).

Estados Unidos. Estos autores plantean la escasa voluntad del aparato del Partido Demócrata por movilizar, en los años setenta y ochenta, a ese tercio de la economía con empleos eventuales y precarios (Pox y Cloward, 1988). La clave estaría en que existe una cierta inercia institucional en virtud de la cual los aparatos de los partidos desconfían de las nuevas clientelas y muchos políticos, especialmente los que buscan la reelección, se sienten más cómodos con sus bases conocidas que abriéndose a nuevos electores o a nuevas definiciones de la trama electoral. Así, el Partido Demócrata, al que se le supone que habría de movilizar a la población de clase baja, viene mostrando desde los años ochenta una importante reticencia a movilizar en exceso a este sector de la población, por temor a alienar a sus clientelas de clase media, en tiempos de clara hegemonía ideológica conservadora.

Ante esta situación, De la Garza plantea que las organizaciones latinas de base, que durante las últimas tres décadas han dedicado sus esfuerzos a fomentar el empadronamiento y el registro para el voto, deberían ahora centrarse en campañas específicamente dirigidas a fomentar el voto. En su opinión, el aumento del peso político de los latinos debe mucho a la fuerza de estas organizaciones, así como al grado de implicación de los cargos electos hispanos. Sergio Plaza, por su parte, apunta a los factores culturales, a la subjetividad y a la importancia de los medios de comunicación en español. Siguiendo el planteamiento de este autor, los medios de comunicación hispanos, que están apoyando de forma entusiasta las movilizaciones para que los latinos se registren como votantes, al difundir la idea de que “se puede perseguir el «sueño americano» y formar parte del núcleo duro de la sociedad estadounidense hablando en español” están transmitiendo a esa gran parte de latinos bilingües o con dificultades con el inglés un sentimiento de protagonismo en la construcción del país. Para Plaza, a medida que ese sentimiento de protagonismo aumente, se reducirá la abstención (Plaza, 2000: 22; y 2009).

La politización de la etnicidad

Dado que estamos preguntándonos cuál es el peso político de los hispanos como colectivo, sería oportuno saber hasta qué punto es éste un grupo cohesionado. ¿Qué significa ser latino en Estados Unidos? Sin duda, la identidad latina/hispana, tal y como se entiende hoy en día, es una construcción cultural reciente, fruto de la llegada masiva de inmigrantes latinoamericanos en las últimas tres décadas. Según algunos estudiosos, como George Yúdice, estadounidense de origen salvadoreño, se trataría de una asignación panétnica impuesta por todas las instituciones de la sociedad estadounidense a los diferentes grupos migrantes latinoamericanos, “aunque estos se resistan a aceptarla”. Así, una característica común a todos los inmigrantes sería, según el autor, el debilitamiento progresivo de su identidad nacional de origen y su conversión en latinos estadounidenses. Ahora bien, Yúdice pone el énfasis en el hecho de que la idea de latinidad es una generalización impuesta desde arriba, desde la cultura mayoritaria en Estados Unidos. A este respecto, cabe decir que la Oficina del Censo de Estados Unidos, utilizando una fórmula burocráticamente cómoda y aparentemente basada en la voluntad individual, etiqueta desde 1980 como “hispanos” a aquellas personas que en las encuestas de población, independientemente de su raza o de la lengua que emplean en el ámbito doméstico, afirman identificarse con alguna de las diferentes identidades nacionales latinoamericanas que se les propone (Yúdice, 2006).

Mike Davis propone una visión diferente a la de Yúdice. Así, plantea que la categoría hispano/latino “no constituye simplemente un saco artificial y racializado inventado por la sociedad mayoritaria (...) ni una mera estrategia de marketing que explote las semejanzas nacionales en el idioma, la cocina y la moda”. Este autor, enfatizando el rol activo y consciente de los propios inmigrantes, sostiene que “ser latino en Estados Unidos significa (...) participar en un proceso único de construcción cultural (...) en el que se están mezclando diferentes tradiciones nacionales y regionales de América Latina”. La argumentación de Davis se apoya en diferentes investigaciones en materia de inmigración que, desde principios del siglo XX, han concluido que “las identidades que llegan a Estados Unidos se reagrupan en «eticidades» dentro del campo de fuerzas contemporáneo de la cultura mayoritaria y sus otros”, simplificándose y montándose estratégicamente las identidades previas de los inmigrantes “con el fin de construir etnicidades aprovechables frente a las reivindicaciones y las presiones rivales de otros grupos construidos de forma semejante”. Davis plantea, en fin, que, “con independencia de la síntesis final, la realidad actual es la de una multiplicidad fluida de latinidades” (Davis, 2000: 25-30).

Sergio Plaza coincide con Davis en otorgar un papel activo y positivo a la identidad latina afirmando que los latinos, lejos de ser engullidos por el *melting pot* anglosajón, han construido el suyo. En opinión de este autor, los hispanos sólo desempeñarán un papel relevante y diferenciado en la sociedad estadounidense si preservan su lengua vernácula, dando lugar a una nueva forma de ser estadounidense que asuma con naturalidad el bilingüismo. De este argumento habríamos de deducir la importancia de la lucha por institucionalizar el uso del español en la esfera pública. Y en relación con esto, cabría decir que un papel fundamental en la construcción de la identidad latina lo juegan los medios de comunicación en español, cada vez más numerosos. Por otro lado, Plaza sostiene que el tamaño elevado y la inserción creciente en la clase media fortalecen la identidad latina y el orgullo por las raíces hispánicas (Plaza, 2005: 25).

Lo interesante sería saber si esta nueva identidad étnica, no incompatible con la identidad nacional estadounidense, tiene o no una traducción en el plano de lo político. En este sentido cabe decir que la “política latina” no existía antes

de 1980: ha sido la creciente inmigración la que la ha creado. Hasta la década de 1980 la inmensa mayoría de individuos con apellidos españoles en Estados Unidos pertenecía a la población de origen mexicano del suroeste del país, a un grupo mucho más reducido de puertorriqueños en el noreste o a un grupo todavía más reducido de cubanos en Florida. Debido fundamentalmente a factores geográficos, estos grupos interactuaban muy poco. A partir de la década de 1980 empezaron a llegar, como hemos visto, inmigrantes procedentes de América Central y del Sur y del Caribe, los cuales se asentaron fundamentalmente en ciudades como Los Ángeles, Houston, Nueva York y Miami, donde ya existían comunidades bien establecidas de origen mexicano, puertorriqueño o cubano.

Su presencia modificó el carácter de la comunidad hispana tanto a nivel local como nacional y aumentó la interacción entre grupos, lo cual dio lugar a una política hispana/latina, es decir, a reivindicaciones de que una comunidad hispana panétnica, que había reemplazado a las comunidades construidas en torno a nacionalidades bien diferenciadas, había desarrollado una agenda política respaldada por las diversas nacionalidades en ella incluidas y en pro de la cual se movilizarían. Ahora bien, los inmigrantes que identificamos como hispanos/latinos llegan con identidades nacionales bien definidas y asumir que van a abandonar rápida o fácilmente sus identidades nacionales tradicionales en favor de una identidad estadounidense supone olvidarse del arraigo emotivo y cognitivo del nacionalismo. El pedir a estos individuos que sometan su identidad nacional histórica a una identidad panétnica, es decir, que, por ejemplo, dejen de identificarse como dominicanos y pasen a identificarse como latinos, puede tener éxito con el tiempo, y especialmente con el paso de las generaciones, a medida que los vínculos con el país de origen vayan reduciéndose, pero para la generación inmigrante éstos constituyen un impedimento perpetuo para la asunción de una nueva identidad capaz de desempeñar las mismas funciones psicológicas que la etnicidad. De esta manera, el electorado hispano como entidad política queda reducido por la presencia de inmigrantes que no se identifican como hispanos o que no interactúan con los mismos desde un punto de vista político, así como por el número cada vez mayor de los nuevos mestizos latinos, es decir, los hijos de matrimonios anglo-hispanos, que mantienen escasísimos vínculos con dicho grupo poblacional.

Dos encuestas a los latinos estadounidenses, una del año 1990 y otra del año 2002, pueden ser de gran utilidad de cara a comprender la cuestión (Pew Hispanic Center 2002). La preponderancia de los vínculos nacionalistas sobre los panétnicos queda de manifiesto en el hecho de que las denominaciones nacionales se prefieran a otras denominaciones como hispano o latino. En 1990, el 73% de los mexicoamericanos, el 75% de los puertorriqueños y el 77% de los cubanoamericanos preferían ser identificados según su país de origen, mientras que tan sólo un 21%, un 15% y un 13% respectivamente preferían que se hiciese referencia a ellos en términos panétnicos. En 2002, entre los latinos nacidos en Estados Unidos la popularidad de las denominaciones nacionales había disminuido, y éstos se decantaban por la denominación “americanos” más que por cualquier denominación de estilo panétnico. No obstante, al igual que sucedía en 1990, la denominación étnica por la que se decantaban la mayor parte de los latinos nacidos fuera de Estados Unidos era la de su país de origen, un patrón especialmente frecuente entre los inmigrantes.

Un aspecto muy interesante que se extrae de la encuesta de 1990 es que aquellos que se identificaban exclusivamente con la denominación panétnica eran aquellos con más posibilidades de ser asimilados y con menos probabilidades de mantener fuertes vínculos étnicos: por ejemplo, estaban más a favor de usar el inglés y menos de una educación bilingüe que quienes preferían fundamental o exclusivamente denominaciones nacionales. Esto sugiere que los primeros, paradójicamente, serían los menos propensos a movilizarse en favor de llamamientos políticos panétnicos. Este patrón, junto con el espectacular aumento de quienes se identifican como americanos, plantea preguntas acerca de la eficacia a largo plazo de recurrir a llamamientos panétnicos para conseguir una movilización política de los hispanos.

Según Rodolfo O. de la Garza (2005: 5), la viabilidad de la identidad latina como motor de la movilización política es limitada, y en todo caso habría de combinarse con otros factores. Este autor apunta que para que los llamamientos panétnicos sean eficaces requieren ser combinados con una cultura política que enfatice la exclusión histórica basada en la etnia. Históricamente, los llamamientos étnicos se han venido centrando en responder a la discriminación. En la actualidad, un verdadero movimiento panétnico podría seguir ese guión si la exclusión discriminatoria siguiese siendo un aspecto clave de la vida de los hispanos. Sin embargo, éste no es el caso: en la Encuesta Nacional de Latinos de 2002 la mayor parte de los hispanos o bien identificaba la discriminación como un problema menor o bien ni siquiera la consideraba un problema y menos de la mitad afirmaba haber sufrido discriminaciones. La discriminación no parece ser un problema lo suficientemente preponderante como para motivar a los ciudadanos hispanos a unirse en respuesta a llamamientos panétnicos generalizados. A diferencia de lo que sucede en el caso de los afroamericanos, la discriminación no fomenta un sentimiento lo suficientemente fuerte de destino común entre los hispanos como para motivarles políticamente. Otro aspecto que disminuye las posibilidades de que los hispanos se unan en torno al tema de la discriminación es el hecho de que describan la discriminación intergrupal como un fenómeno más corriente que la discriminación ejercida por los anglos. En 2002 el 83% de los latinos afirmó que la discriminación por parte de otros latinos era un problema, y la mayoría de quienes expresaron esta opinión describió dicha discriminación como un problema importante.

Sin embargo, en la Encuesta de 2002 también podemos observar que los inmigrantes tienen una tendencia mucho mayor que los nacidos en EE.UU. a considerar la discriminación ejercida por los anglos como un problema

importante y así no hay que descartar la posibilidad de que dicha actitud común termine desarrollándose. Asimismo, Sergio Plaza disiente de De la Garza respecto a la viabilidad política de la identidad latina. Así, plantea implícitamente que la sensación de discriminación como recurso movilizador podría activarse en el caso de que la lucha por oficializar el uso del español se situase en el centro del debate. Junto a esto, el analista español plantea que la existencia de grupos con intereses opuestos a los de la mayoría latina en cuestiones como la educación bilingüe o la inmigración alienta la movilización (De la Plaza, 2000: 29).

No obstante, de las encuestas de 1990 y 2002 podemos concluir que la limitada capacidad de convocatoria de los llamamientos panétnicos está en relación con el hecho de que los problemas que más preocupan a los latinos no están expresamente vinculados a la etnicidad. Y es que más allá de la discriminación, la inmigración o las políticas de “acción afirmativa”, y contradiciendo parcialmente el argumento de Plaza, los problemas que más preocupan a los latinos son la economía y la educación. A medida que han ido eliminándose las barreras tradicionales al voto y el número de latinos electos ha ido aumentando, la relevancia política de la etnicidad y la panetnicidad ha ido disminuyendo y han pasado a ser más importantes la capacidad de los candidatos y los problemas generales de los estadounidenses.

Finalmente, cabría decir que pese a todos estos factores, los llamamientos panétnicos probablemente seguirán dándose debido a que la retórica política de la nación estadounidense acepta mucho más fácilmente etiquetas neutras como “hispanos” que denominaciones específicas de grupos como puertorriqueño o mexicanoamericano, vinculadas a conflictos históricos locales. Pero desde luego, a pesar de su utilidad en determinadas coyunturas, la politización de la etnicidad no parece que vaya a desembocar, al menos a medio plazo, en una participación política alternativa de los latinos, al estilo del tercer partido étnico que reivindicaban algunos líderes chicanos en los años setenta ochenta, pues la integración política de los (pocos) que participan está hoy por hoy sobradamente canalizada por los dos grandes partidos estadounidenses.

Bibliografía

Álvarez Dorronsoro, I. (1998) «La construcción del inintegrable cultural», en J. De Lucas, J. y F. Torres, (eds.), *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos? Algunos desafíos y (malas) respuestas*, Madrid: Talasa, 168-195.

Aznarez, J.J. (2004) “México se rebela contra Huntington”, *El País*, 11/4/04.

Calvo, Tomás (2006) *Hispanos en Estados Unidos, inmigrantes en España: ¿amenaza o nueva civilización?*, Madrid: Libros de la Catarata.

Corona Berkin, Sarah (1998) “El «Latino» en el libro de texto de EUA. Historia de una exclusión”, *ZER Revista de Comunicación*, 4, 179-197.

Davis, Mike (2000) “Urbanismo mágico: los latinos reinventan la gran ciudad estadounidense”, *New Left Review*, 3, 19-64.

De la Garza, Rodolfo (2005) “El futuro de la política latina”, *Real Instituto El Cano*, Enero 2005.

DeSipio, Louis (2004), «Between Symbolism and Influence: Latinos and the 2000 Elections», en Rodolfo de la Garza y DeSipio, Louis (eds.) (2004), *Muted Voices: Latinos and the 2000 Elections*, Rowman & Littlefield Publishers, 13-60.

Díaz, William A. (1996) “Latino Participation in America: Associational and Political Roles”, *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 18 (2), 154-174.

Escalante Gonzalbo, Fernando (2006) “El enemigo en casa: Huntington y la «invasión latina»”, *Nueva Sociedad*, 201, 46-60.

Freedman, Ethan (2012) “Los hispanos pueden decidir las elecciones en Estados Unidos”, *ipnoticias.net* [Puesto en línea el 12-7-2012. URL: <http://www.ipnoticias.net/nota.asp?idnews=10118>. Consultado el 28 de septiembre de 2012]

Gutiérrez-Rubí, Antoni (2012) “Deportaciones y votos”, *El Periódico.com* [Puesto en línea el 22-6-2012. URL: <http://bornintheusa.elperiodico.com/deportaciones-y-votos/>. Consultado el 28-9-2012]

Huntington, Samuel P. (2004) *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona: Paidós.

Huntington, Samuel P. (2004) “Entrevista a Samuel P. Huntington”, *El País*, 20-6-2004.

Kaufmann, Eric P. (2004), *The Rise and Fall of Anglo-America*, Cambridge, Mass. : Harvard University Press.

Moncada, Alberto y Cortina, Rodolfo J. (1988) *Hispanos en los Estados Unidos*, Madrid, Cultura Hispánica.

- Moncada, Alberto y Olivas, Juan (1989) *Los hispanos en la política norteamericana*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Patterson, James (2006) *El gigante inquieto: Estados Unidos de Nixon a G. W. Bush.*, Barcelona, Crítica.
- Plaza Cerezo, Sergio (2000) “El poder del voto hispano. Emerge una nueva minoría política”, en *Política Exterior*, 76, 21-29.
- Plaza Cerezo, Sergio (2005) “La reelección de Bush: el voto hispano”, en *Política Exterior*, 103, 21-29.
- Plaza Cerezo, Sergio (2009) “El poder del voto hispano en Estados Unidos”, en *Política Exterior*, 127, 138-148.
- Pew Hispanic Center (2002) “2002 National Survey of Latinos”, *The Pew Hispanic Center and The Kaiser Family Foundation*, Washington DC
- Pew Hispanic Center (2012) “The Rise of Asian Americans”, *The Pew Hispanic Center and The Kaiser Family Foundation*, Washington DC [<http://www.pewsocialtrends.org/asianamericans-graphics/> Consultado el 28 de septiembre de 2012]
- Fox Piven, Francis y Cloward, Richard (1988) *Why Americans don't vote*, Panteón Books.
- Rieff, Davida (2007) “Nuevos católicos en L.A.”, *Revista de Letras Libres*, 99, 24-31.
- Sifuentes-Jáuregui, Ben (2006) “Epílogo: apuntes sobre la identidad y lo latino”, *Nueva Sociedad*, 201, 145-154.
- Yúdice, George (2006) “¿Una o varias identidades? Cultura, globalización y migraciones”, *Nueva Sociedad*, 201, 106-116.